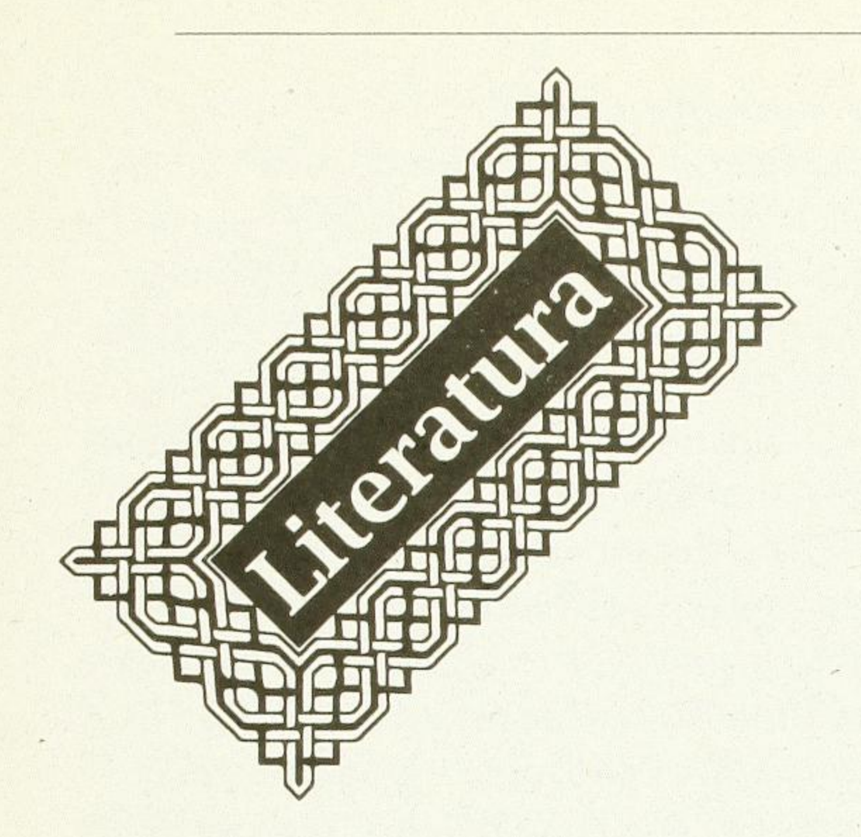


La escritura: un juego de espejos

Perla Schwartz*

En este siglo XX, las escritoras han tomado plena conciencia de su condición femenina, lo mismo en cuánto a género, así como en su rol participativo a nivel socio-político, que en el ámbito cultural. Actualmente, no sólo en México sino en un contexto mundial el mercado editorial se encuentra invadido por libros escritos por mujeres, lo mismo en la narrativa, que en el ensayo y en la poesía.

Desafortunadamente, salvo raras y honrosas excepciones, las escritoras alternan su oficio literario con otras actividades que les permiten el medio para la sobrevivencia como: la docencia, el periodismo, la investigación, los puestos burocráticos, o la publicidad.

Lo bueno es que ya pasaron aquellos tiempos, cuando la novelista y dramaturga Luisa Josefina Hernández le comentaba a la estudiosa Beth Miller: "Tenía que levantarme a las seis de la mañana para escribir de las seis a las ocho; luego a las ocho había que ir a la escuela y después preparar la comida y entonces recoger a los niños al colegio y enseguida trabajar toda la tarde y luego llegar a casa por la noche y preparar la cena. Quedaba totalmente exhausta." [1]

Escribir y encontrar una organización adecuada a la vida cotidiana parece ser la consigna de las escritoras mexicanas de nuestro tiempo. Duplicar las fuerzas, realizar esfuerzos titánicos para tener esa "habitación propia" de la cual hablaba Virginia Woolf, a los inicios de nuestra centuria.

Ahora, la igualdad de oportunidades son las mismas para los escritores, que para las escritoras; siempre y cuando quién dictamine o decida esté consciente que la auténtica creación es un juego de espejos de la sensibilidad íntima del ser humano, aunada a la posibilidad que éste o ésta tenga de alumbrar a través del lenguaje.

Foto superior: María Luisa "China" Mendoza y María Elvira Bermúdez. *Foto inferior:* Rosario Castellanos

En el pasado, en algunas sociedades la escritura fue un privilegio de clase, sobretodo los hombres gozaban de mayores facilidades para el desenvolvimiento del oficio literario. Tiempos en que muchas mujeres escribían textos con carácter confesional: cartas, diarios y poemas. Sólo hasta mediados del siglo XIX fue cuando la mujer tuvo acceso al mundo del trabajo productivo y éste le permitió abrirse camino hacia su emancipación.

Desde entonces, la escritura de la mujer ha sido una lucha contra el silencio; un quebrantar su mutismo para decirse a los otros. Desde la década de los 50's las narradoras nacionales se han empezado a mostrar en sus textos, menos sufridotas, han hallado nuevas

fórmulas de expresión para respirar más a sus anchas, aún en los temas más característicos de la literatura femenina: la infelicidad, el aburrimiento intramuros de casa, las frustraciones, las tradiciones familiares, el matrimonio, los hijos, los amantes, la vejez, la religión, los sentimientos de culpa y los miedos.

En una mínima mirada al quehacer narrativo de las mujeres en el México del siglo XX podemos hallar textos de gran calidad como los de Nellie Campobello, la única narradora del llamado ciclo de la novelística de la Revolución Mexicana, o las ingeniosas narraciones policíacas de María Elvira Bermúdez.

Mención aparte merece la prolífica producción de Elena Garro, sobre todo por su novela *Los recuerdos del porvenir* (1963), cuyo tema es la guerra cristera, recreada desde una atmósfera mítica y onírica de gran calidad, equiparable a *Pedro Páramo* de Juan Rulfo o a la novela *La amortajada* de la chilena María Luisa Bombal.

Y antes que se haga una lista interminable es necesario mencionar a otro trío de escritoras sumamente destacadas: María Luisa "La China" Mendoza con un lenguaje cien por ciento barroco, a la multifacética Rosario Castellanos quién en *Oficio de tinieblas* (1962), no sólo recrea la rebelión chamula de 1869, sino que nos da Catalina Díaz Puiljá, uno de los personajes femeninos mejor trazados de la literatura mexicana del siglo XX. O qué decir del breve libro de Elena Poniatowska *Querido Diego te abraza Quiela*, relato epistolar basado en esa pasión que hacia Diego Rivera experimentara la pintora rusa Angelina Beloff.

✍ ✍ ✍

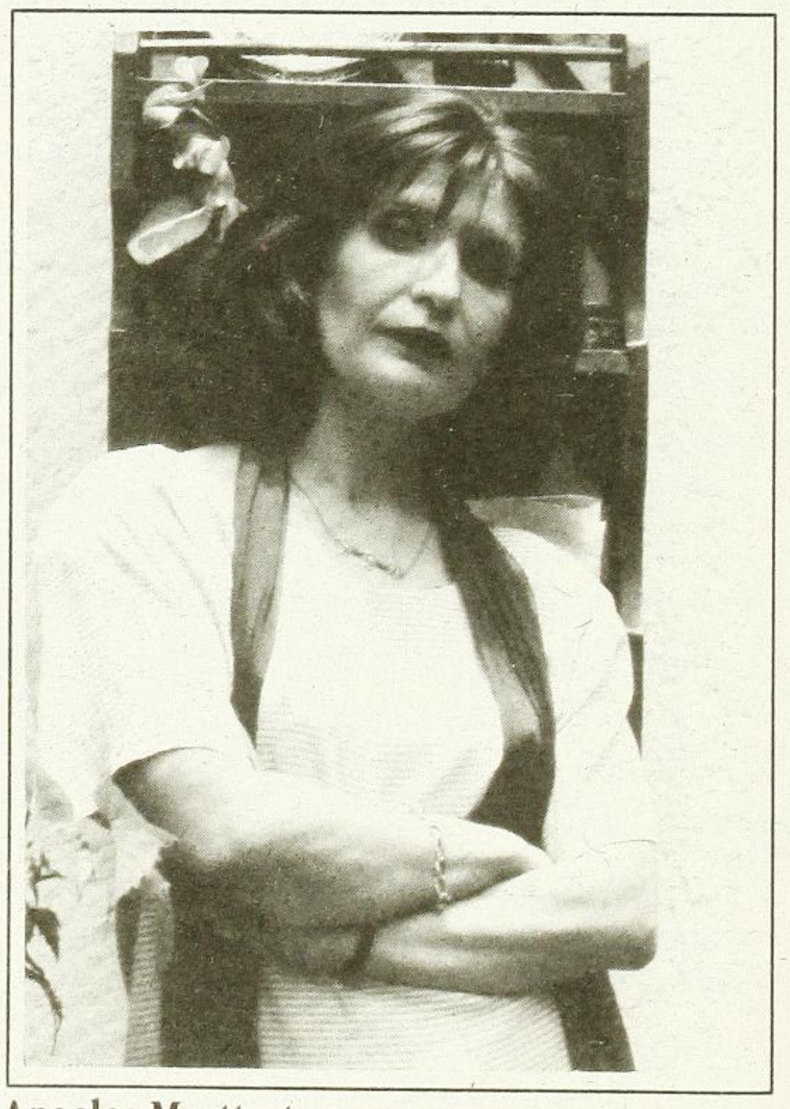
La escritura de la mujer es una especie de cajón con varias gavetas en las cuales se resguardan diversas imágenes, algunas reales y otras sugeridas a partir del trazo de la memoria, así como la imaginería. Imágenes que al ser exorcizadas se transforman en un juego de espejos. De hecho, "La China" Mendoza lo apunta entre líneas en *Ojos de papel volando*: "Escribo porque he tomado el derecho que nadie me ha dado. Solitaria brasa, terco incendio del alma. Escribo con los pedazos de la carne en soledad, escribir es la insolente libertad que me pertenece. La palabra es mi respiración..." [2]

Una valiosa aportación para el estudio de las escritoras en México en el presente siglo es *La sombra fugitiva* (1989) de Martha Robles, análisis bio-literarios donde lo mismo analiza la obra de Inés Arredondo y Amparo Dávila, ambas narradoras que supieron reflejar en sus cuentos la existencia de la clase media, vía la crudeza de la condición humana y exaltando las aristas del desencanto y la fragilidad.

Asimismo, nos hallamos con juicios sobre la escritora mexicano-cubana Julieta Campos quién con *Muerte por agua* (1965) inauguró la *noveau roman* a la latinoamericana o a Josefina Vicens quién con su novela *El libro vacío* nos entrega a un gran personaje masculino, al gris burócrata José García, quien se angustia a la hora de escribir su diario secreto, parábola del padecimiento del escritor en general al enfrentar a la cuartilla en blanco.

Exhaustivo esfuerzo el de Martha Robles y no podía ser de otra manera si el número de valiosas escritoras en nuestro país ha crecido con el paso del tiempo: La pluma sutil y poética de Beatriz Espejo, sobre todo en su volumen más reciente *Cantar de pecadores* (1993) los mitos bíblicos y griegos que tan bien maneja Esther Seligson o María Luisa Puga con una escritura que es a un mismo tiempo realista, mágica y onírica.

Pero antes de ellas, muchas escritoras abrieron camino, fueron pioneras al escribir de manera desenfrenada y rebelde, sin mayores cortapisas: Guadalupe Marín con su novela *La única* (1935) causó gran revuelo al explayar sus lamentaciones sobre la sumisión de la mujer, desde el punto de vista grotesco e irónico. Ella



Angeles Masttreta